

LAS SUGESTIONES DE LA CALLE

Es de noche. Las casas de la calle en que vivo
silenciosas y ciegas, me flanquean el paso
como extraños gigantes que me fuesen hostiles.
¿ Por qué ? ¿ Por qué esa insólita expresión de tristeza,
de gravedad adusta que jamás les he visto ?
la fría luz de luna de los arcos voltaicos
se estrella en las paredes y se derrama en ellas
cubriéndolas de un pálido y levisimo estuco.

Un manotón del viento hace danzar los focos
y su luz oscilante a las mudas fachadas
abofetea... Lejos, un auto da un gangoso
bufido de bocina. Y atropella las sombras
con el mágico
resplandor de sus dos ojos veloces,
dejando tras su paso una estela de ruido
que enseguida se apaga... El silencio remonta
como la alta marea y se extiende a distancia
por el cauce profundo de la calle. Contemplo
las persianas herméticas, los balcones curiosos
asomándose cautos sobre el vacío. Las
puertas inhospitalarias...
La vida se ha replegado tras esos altos muros
como el caracol en su concha.
¡ Oh, el terrible egoismo de las casas cerradas
en la noche ! No oyen, no ven, no sienten
lo que fuera palpita, o solloza, o se arrastra.
La blancura mármorea de los umbrales tiende
debajo de las puertas una risa sarcástica.
Allí, sobre su duro regazo, los pilluelos
sin pan ni techo, han de poder tenderse
a reposar, mientras el crudo Invierno
los castiga a través de sus harapos.
Esos umbrales son en este instante
toda
la hospitalidad de esas viviendas
para el que pasa... ¿ Y luego ?
Cuando al volver el día, como brazos
se abren las puertas ¿ brotará del seno

de esas habitaciones, claro chorro
de agua samaritana, la fraterna
cordialidad que ansía el extranjero ?
O se alzaré implacable
de su interior la sombra
del egoismo sin piedad, que tiene
algo del ángel bíblico
de flamígera espada,
guardián incommovible
del Paraíso Terrenal ? Callemos !
Lo cierto es que de día
las casas ven, hablan, florecen,
y arrojan a la calle
bocanadas de niños y de músicos...
Un hombre pasa por mi lado. Llega
frente a una puerta, se detiene y abre.
La oscura boca de la casa oscura
se lo traga y se cierra
con un sonoro golpe de mandíbula.
Más allá, algo borracho, otro vecino
hablando solo y dando cabezadas
la esquiva cerradura picanca
con la llave, y sacude los batientes.
El sereno, que ya lo ha visto, acude
en su ayuda, y de paso
prueba la resistencia de las puertas
con un empujoncito de la mano,
celoso vigilante
de la fidelidad de los cercados.
Yo también me dispongo
a penetrar en mi refugio. Y mientras,
una ráfaga viene, soplo del mar, palpando
las puertas, las ventanas,
con la invisible mano
de un amante impaciente,
de un sereno nervioso,
de un cósmico vecino,
trasnochador y ébrio,
que después de vagar hora tras hora
por lejanos lugares,
asaltando jardines,
saltando muros y violando alcobas,

besando largamente
muchas ardientes bocas de mujer,
acariciando senos desnudos y vibrantes
en las playas remotas,
despeinando fluviales cabelleras,
hojeando audaz e impúdico femeninos encajes,
desbaratando castas vestimentas,
vuelve, por fin, cayéndose de sueño,
y unge con la impaciencia de su mano
las puertas del hogar, puro y tranquilo.

Emilio Frugoni.

1921.
